

un peregrino hasta Cataluña, donde en Manresa tiene el rapto divino —buscado por él tras largos días de soledad y penitencia— que le inspira el *Libro de los Ejercicios Espirituales*. Peregrino en Roma, estudiante de sacerdote con otros compañeros, estudiante en París y en Barcelona, peregrino en Tierra Santa, fundador de una nueva Orden Religiosa (aprobada por Paulo III), con espíritu de milicia, obediencia a rajatabla a sus superiores y, como novedad, al Sumo Pontífice de Roma, es no sólo el conformador de una nueva agrupación de hombres dedicados a la vida de santidad, sino también el creador de un modo original de plantearse las cosas del mundo en comparación con la vida sobrenatural, en perfecto deseo de *imitatio Christi*.

Todo esto es lo conocido, lo repetido mil veces —y todas serán pocas para recordar una gesta espiritual sin par— sobre San Ignacio y su obra. Yo quiero ahora que nos desplacemos hacia la consideración de lo imperial de su figura, en lo espiritual e incluso en lo temporal.

* * *

Toda creación católica es por esencia imperial, ya que no es una religión de secta, sino —como su propio nombre significa— para todos los humanos, con un ansia de universalidad, de dominio por encima de la totalidad de las tierras del globo. Por esta razón, la fundación de una orden religiosa nueva es ya en sí misma un fenómeno imperial y universalista. Esto no obstante, la Compañía tiene un sello imperial concretamente español, que es conveniente analizar. Dos aspectos de las *Constitutiones Societatis Ihesu* nos dan la medida de esta universalidad, ambas con un espíritu dinámico muy del tiempo en que nació.

La primera es el célebre «cuarto voto» de obediencia al Pontífice Romano. ¿Nos hemos parado a pensar lo que esto significa? Todas las órdenes religiosas, en tanto estén dentro de la ortodoxia, han de reconocer en último término el magisterio del Pontífice, pero cada una de ellas se propone un fin concreto, según su Regla. La Compañía se identifica completamente con la misión total —universal, católica, imperial— de la Iglesia y se pone, simplemente, a sus órdenes, como un ejército disciplinado, curtido, veterano y dispuesto para la batalla. En otras palabras, al cabo de dieciséis siglos de Cristianismo, un español comprende la dimensión imperial de la tarea romana, de la tarea católica y se dispone a poner una fuerza de choque a las órdenes del Jefe espiritual de la Cristiandad.

El segundo aspecto es el de las misiones en tierra Santa, o donde el Pontífice de Roma determinara. Cuando San Ignacio escribía esta obligación para sus futuros hijos, hacía verdadera obra imperial. Sólo unos cuantos años antes el mundo se había desdoblado prodigiosamente, y a los ojos de la Cristiandad europea se extendían provincias sin límites, habitadas por paganos, a los que era preciso traer a la fe del Crucificado. De un golpe San Ignacio creaba el gran instrumento de conquista espiritual del mundo: los ignacianos aparecerían tanto en la India y el Japón (San Francisco Javier), como en el Brasil (P. Anchieta), como en Filipinas, Méjico, Perú, Paraguay... Instrumento eficaz, nuevo, ágil, creador, que facilitaba que el imperio español fuera también el imperio de la Fe cristiana.

El tercer aspecto, surgido de las preocupaciones mismas de San Ignacio en sus conversaciones con sus compañeros de la primera hora, fué el teológico. Vivió San Ignacio